

# **El letrero**

**Seudónimo: Oliver**

**19 de febrero de 2013**

La mañana estaba fresca. Las calles, desiertas todavía, reflejaban esa luz maravillosa que impregna los pueblos mediterráneos en otoño.

Jaime, allí por unos días con unos amigos, se había despertado temprano y había salido con la intención de ver con calma aquellos lugares que sus anfitriones le habían mostrado de noche, la tarde anterior. La casa, rodeada de huertos, naranjos y limoneros, se hallaba sobre un altozano desde el que se podía apreciar la belleza de aquel pueblo murciano, que se extendía al pie de un barranco sobre el que se alzaban las murallas del castillo que dominaba el entorno.

Entró al pueblo por su calle más alta y enfiló el descenso. Sabía que aquella zona estaba habitada por gitanos, cuyas casas, de una o dos plantas, se alineaban a lo largo de calles sinuosas, jalonando el acceso a antiguos monasterios, iglesias y palacios que hablaban de un pasado lleno de poder y riqueza.

La luz, el color... todo llenaba su ánimo de paz y optimismo. Haciendo fotografías acá y acullá, sentía que guardaba para siempre las sensaciones que percibía mientras caminaba.

El pueblo empezaba a despertar cuando llegó a la plaza del Ayuntamiento. El proceso de montaje del mercadillo semanal le hizo darse cuenta de que llevaba un buen rato andando. Sus amigos estarían ya despiertos y a punto de preparar el desayuno, por lo que decidió volver a la casa, si bien por calles diferentes de las de su trayecto de bajada, cruzando de nuevo el barrio gitano.

Al final de una larga y empinada cuesta, un letrero sobre la fachada de una casa, ensalzando alegremente los atributos de un tal Valentín, llamó su atención haciéndole sonreír. No podía dar crédito a sus ojos y sería difícil que alguien pudiera creerle, así que, rápida y discretamente, sacó un par de fotos.

La fachada, de ladrillo rojo, tenía en la planta baja una puerta flanqueada por dos ventanas enrejadas, a cuya izquierda podían leerse tres nombres de mujer, ANTONIA, LUCÍA y ALBA, escritos en baldosas incrustadas en la pared y, sobre el dintel, también sobre azulejos, pero mayores y mejor decorados, el letrero que tanto le había impactado.

A partir de aquel momento, las casas, los naranjos y el castillo dejaron de importarle. Su mente se vio dominada por preguntas sin respuesta: ¿era Valentín el padre de familia? ¿qué habría hecho para que Antonia, Lucía y Alba le rindieran homenaje en la fachada? ¿por qué él habría aceptado aquella expresión de sus capacidades?

Jaime seguía subiendo la cuesta pero sin notar el esfuerzo. No pensaba en otra cosa. Imaginaba las tórridas escenas de placer que habrían dado lugar a aquella frase. Nunca se había relacionado con gitanos. Había oído decir que su forma de hablar era brusca y descarnada pero no esperaba una expresión como aquella... y menos a la entrada de una casa. No era consciente de que su imaginación estaba bloqueada por unas ideas que le llevaban a explicaciones absurdas e inverosímiles.

Así, mientras caminaba, revisó en la cámara las fotos. Sí. Era eso. Estaba seguro. Valentín, el macho dominante, complacía de tal modo a su mujer, que habían decidido exteriorizar su satisfacción con aquel increíble letrero sobre la puerta.

Llegó a la casa dispuesto a compartir con sus amigos su curioso descubrimiento.

*Cándido, lo contempló complacido mientras bajaba de la escalera con las manos todavía pringadas de cemento. El letrero había quedado perfecto. Se sentía feliz y quería compartir su alegría con todo el mundo. A sus oídos llegaba desde la cocina el bullicio de las mujeres preparando la fiesta. Vendría todo el barrio y comerían, beberían, cantarían y bailarían allí mismo, en la calle, hasta la madrugada.*

*En su cabeza bullían los recuerdos. Su boda con Antonia también había sido sonada, pues sus padres y sus suegros habían montado un buen sarao. Ellos eran así. Cuando estaban contentos, necesitaban compartirlo con todos.*

*Ella era una hermosa gitana. Tez morena, nariz ligeramente aguileña, pelo negro y rizado y ojos negros y profundos como la noche. Aún se amaban como el primer día.*

*Recordó que unos meses después de la boda, cuando Antonia le dijo que estaba encinta, había sentido como si flotara en el aire invadido por la alegría y, desde aquel momento, había empezado a hacer planes para su hijo: lo que iba a disfrutar con él y lo que iba a enseñarle. Se veía paseando orgulloso con el churumbel, llevándose lo consigo al trabajo, abriéndole los ojos a los trucos de la compraventa en el mercadillo, y ¡le haría socio del Murcia!, su otra gran pasión.*

*Pero el destino había frustrado sus expectativas. Antonia trajo al mundo una niña preciosa y morena como su madre.*

*Cándido no se lamentó por ello. Aquel bebé era una bendición y, aunque no era lo que el había deseado, empezó a quererlo como nunca había querido antes. Decidió entonces poner ANTONIA, el nombre de la niña... y el de su madre, en la fachada de la casa con letras azules sobre fondo blanco.*

*Dos años después, Antonia volvió a quedarse embarazada y el sueño volvió a repetirse. Esta vez sí sería un niño. Seguro. Y había vuelto a pensar en él como si ya hubiera nacido. Hasta había decidido cómo iba a llamarle y se lo había imaginado, ya crecido, caminando a su lado, siendo blanco de todas las miradas por su galanura, su buena planta y por sus ojos, que imaginaba oscuros y profundos como los de su madre.*

*Mas no estaba de Dios que fuera niño, así que, recordó Cándido, había vuelto a tener la misma frustración que un par de años antes; pero al coger a la niña en sus brazos, embargado por una ola de ternura, había sentido de nuevo ese amor que solo se tiene a los hijos.*

*Se acordaba de sí mismo, colocando feliz el nombre de LUCÍA en la fachada.*

*Su tercera hija vendría un año después, pero Cándido, un buen gitano, no había perdido la esperanza de tener un hijo algún día. Antonia y él tenían tiempo todavía para hacer su sueño realidad, así que el nombre de ALBA había pasado también a enriquecer la fachada.*

*Ahora, hacía solo dos días que había cogido en brazos ¡por fin! a su primer hijo. Casi no podía creerlo. El corazón le estallaba en el pecho. Esta vez se había resistido a la tentación de hacer planes para los dos. Niño o niña, lo importante era que viniera bien y que su Antonia se recuperase pronto. A pesar de todo, en el hospital, con los ojos llenos de lágrimas por la emoción, había sentido la apremiante necesidad de comprobar que aquel palpito maravilloso que tenía en sus brazos era el niño que tanto había deseado y, poniéndole sobre la cunita, había descubierto su*

*cuerpecito sonrosado, tan pequeño que casi cabía en una de sus manos.*

*Al verlo así, desnudo, no había podido evitarlo. El alma se había escapado por su boca en forma de grito potente, alegre y feliz:*

***¡OLE LA PIJA DE MI VALENTÍN!***

*Antonia, que había contemplado la escena enternecida, se había sorprendido al ver de repente en los ojos de su Cándido una expresión distinta, maliciosa. Y más aún al ver que él arropaba nuevamente al bebé con mucho cuidado, dejándolo tranquilo en su cuna, y que tras darles un beso a ambos, había salido de prisa de la habitación porque, dijo, tenía que hacer algo urgente: se había ido corriendo a comprar los azulejos con las letras que, en la fachada de su casa, expresarían su alegría con aquella exclamación que había escapado de sus labios al coger en brazos al pequeño Valentín.*

*Sí. El letrero había quedado perfecto y la fiesta, esa tarde, iba a ser sonada.*

Oliver

19 de febrero de 2013